

taba de ensalzar la gloria de la tribu ó su superioridad sobre el enemigo ó para jurar venganza por derrotas sufridas. Así tenemos en la colección de la Mo'allakat dos grandes poesías, una de Hárith, hijo de Hillise, de la tribu Bekr, y otra de Amr Ibn Kolthum, el Taglibita, las cuales dan enérgico colorido al conato de la larga lucha, así como al elevado pundonor de ambas tribus. De este pundonor había dado Amr una prueba muy singular cuando en la tienda del rey de Hira, Amr, hijo de Hind, que le agasajaba, oyó el grito airado de su madre Leila, maltratada por la reina en la vecina estancia, y, sin titubear, se arrojó sobre el rey y lo tendió muerto á sus piés. Por esto se hizo vulgar entre los árabes el dicho: «Mas pronto en el ataque que Amr Ibn Kolthum.» Desde el centro del campamento de Hira consiguió abrirse camino con los suyos y escapar ileso. Peor suerte tuvieron antes que él con el tremendo rey Iachmida otros dos hijos de Bekr, Mutalammes y Tárafa. Aquel el tío y este el sobrino eran ambos poetas célebres; especialmente el último, que en su genial ligereza se dejaba llevar del vino, las mujeres y el canto mas de lo que le convenia, había ido á la corte de Amr atraído por la perspectiva de honores y riqueza. Pero pronto se cansó de la etiqueta de la vida cortesana; nunca pudo contener su lengua, é hizo un epígrama que fué comunicado al rey. Indignado éste, imaginó una venganza artera: con fingida amabilidad dió á ambos poetas el encargo de llevar un mensaje á un príncipe amigo en Bachrein, territorio al Oeste del golfo pérsico. Cada uno de ellos recibió una carta, como Belerofonte de Proetos, en la cual se recomendaba la muerte inmediata del portador, y con ella se pusieron en camino. A Mutalammes le asaltaron sospechas; tío y sobrino

Hablar y cantar sabían:  
Sus discursos y canciones  
Se conservan todavía;  
Mas ni el arte de leer  
Ni el de escribir conocían (1).

Así Mutalammes se dirigió á un joven de Hira, el cual, como muchos cristianos de la Mesopotamia, poseía el arte misterioso y le leyó la «carta de Urías.» Mutalammes arrojó al río el peligroso escrito y aconsejó á Tárafa que siguiera su ejemplo y regresara con él á la patria.

Contestó alegre Tarafa  
Y esto le dijo á su tío:  
«Leer es un arte hermosa  
Y el escribir hermosísimo;  
Las ondas de la corriente  
No se han de llevar lo escrito,  
Que para memoria eterna  
Se guardará en los archivos.  
También en el porvenir  
Se leerán los cantos míos:  
Y así en honor de estas artes  
Pondré mi vida en peligro,  
Y haré llegar este pliego  
Por mi mano á su destino.»

Así lo hizo, y encontró la muerte cuando apenas tenía veinte años de edad: pero el arte de escribir se le ha mostrado agradecido por la buena opinion que de él tuvo; aun hoy se escriben y leen sus cantos, y un sabio de Alemania acaba de hacerlos imprimir en Inglaterra, países y cosas en que el amable libertino árabe del siglo VI no pudo siquiera soñar.....

Muchas otras aventuras románticas de poetas nos refiere

(1) S. Rückert: *Stete libros de leyendas é historias orientales*. Primer tomo hasta cuarto tomos. Stuttgart, 1837, pág. 136.

la tradición; pero el historiador no debe hacerse cargo de ellas mas que hasta donde lo exige la necesidad de caracterizar al pueblo. Así solo citaremos rápidamente al vivo Alkama, de la tribu Temim, que se atrevió á rivalizar con el rey de los poetas, Imruulkeis; al sabio Lebid, autor de una Mo'allaka, el cual llegó á presenciar el triunfo de Mahoma y se acogió al islamismo, y al Taffita Hátim, que aun hoy día es proverbial como el mas generoso de los hombres, cuya grandeza de ánimo no le permitía negarse á ninguna súplica, y hasta cuando un enemigo perseguido por él le gritó con oportuna presencia de espíritu: «¡Oh Hátim! ¡dame tu lanza!» no supo negarse á la dádiva, con lo cual el fugitivo escapó sano y salvo. El muy hábil Ulises, entre los poetas, era El-Ascha de Bekr, «el cimbaletero de los árabes,» que llevaba sus cantos de tribu en tribu y que no tuvo mas que cantar una poesía en la feria de Okaz (2) en loor de un amigo suyo dotado de escasa fortuna pero con muchas hijas, para proporcionar á todas las jóvenes maridos entre las mas distinguidas familias. Pero de todos los héroes poetas, incluso Imruulkeis, de régia estirpe, á quien el mismo Profeta, poco dispuesto en general en favor de los de su especie, reconocía como «el porta-estandarte de los poetas, si bien, por desgracia, en el camino del infierno,» ninguno ha permanecido tan vivo en la memoria del pueblo como Antara el absita, hijo de Schedad. No era legítimo, sino hijo de una esclava negra y, por lo mismo, segun la dura ley de la antigua Arabia, debía permanecer en aquella condicion mientras su padre no le declarara expresamente libre. El padre no quiso hacerlo, obligando al fogoso joven á guardar camellos en vergonzosa ociosidad. Sucedió que un día cayeron los zobianitas sobre el campamento débilmente defendido de los absitas: «¡Acomete, Antara!» gritó el padre, pero el hijo replicó: «El esclavo no sabe pelear, el esclavo no sabe mas que ordeñar camellas y ligar ubres (3).» «¡Acomete, eres libre!» repuso el padre. Entonces Antara se precipitó sobre los enemigos; su arrojo enardeció á la escasa tropa, y el enemigo, mucho mas numeroso, fué rechazado. Desde entonces se portó Antara como el héroe mas valiente en la larga guerra de Dajis, y cuando alguno de los beduinos puros, orgulloso de su ascendencia, le echaba en cara su nacimiento, podia con razon decir:

En la mitad de mi sér  
Soy noble de pura raza;  
Y en cuanto á la otra mitad,  
La ha ennoblecido mi espada.

Háse conservado hasta hoy entre los árabes de todos los países el recuerdo de su caballeresca figura, y en torno de ella se ha formado un círculo de leyendas, como en torno de los héroes de la Tabla Redonda del rey Arturo. Las narraciones de sus hechos forman el contenido predilecto de los romances populares, que corren en todas las tierras de lengua arábica, siendo la mas agradable distraccion de los orientales oírlos recitar en los cafés por declamadores de oficio.

Al mismo tiempo se han conservado sus propios cantos, pues ya en el II siglo despues de Mahoma los filólogos árabes coleccionaron cuidadosamente todos los monumentos de la castiza antigua lengua, y en primer lugar, como es natural, los cantos de los poetas preislamitas, que hasta allí se habian perpetuado solo en boca del pueblo. Fueron escritos entonces, añadiendo á menudo narraciones de la época de su origen y otras varias circunstancias, ya fuera que se reunieran en un libro las poesías del mismo autor, — á

(2) No muy léjos de la Meca.

(3) Cuando se quiere destetar á la cria del camello, se liga la ubre á la madre para que aquella no pueda mamar.

una de estas colecciones se le llamaba el Diwan (1) del poeta respectivo, — ya fuera que cantos de diversos poetas se unieran formando una colección selecta ó ejemplar. La de mayor consideracion entre estas últimas es la comunemente llamada *Mo'allakat* (2), que contiene siete largas poesías de Imruulkeis, Tárafa, Lebid, Soheir, Amr Ibn Kolthum, Hárith, Ibn Hillise y Antara.

Algunos incluyen tambien en ella los cantos de Ascha y de Nábiga. Los de Imruulkeis, Soheir y Antara se encuentran traducidos en la obra de Rückert: *Amrillkais y Hamása*, y los de los siete por P. Wolff (Rottweil, 1857). Despues de la Mo'allakat viene la Hamása, antología de pasajes especialmente bellos de antiguos cantos, ordenada segun su contenido en varios capítulos por Abu Temmám, poeta que floreció en tiempo de los Abasidas, de cuya traduccion alemana por Rückert ya hemos hecho mencion diferentes veces.

Todo lo que sabemos de la vida de los árabes antes de Mahoma, de lo cual hemos procurado dar en lo que precede una idea en extracto, lo debemos á las citadas colecciones. En ellas vive aun hoy día la antigua Arabia; mas cuando produjo á estos sus mas grandes poetas se encontraba ya en el umbral de una nueva era.

## CAPITULO II

### EL PROFETA MAHOMA

Por el año 570 de nuestra era (3) nació Mohammed (Mahoma), hijo de Abdallah. Refiere la leyenda que en la noche de su nacimiento se estremeció el palacio del Cosroes Anoscharwan, rey sasánida en Ctesifonte, y se apagó el fuego sagrado de los persas, que había ardido hasta allí sin interrupcion durante mil años. De todas suertes es lo cierto que en la Meca no se sintieron semejantes señales precursoras de sucesos que habian de conmover el mundo; segu-

(1) Diwan es una palabra persa que ha pasado al árabe, que en realidad significa *registro*, y que despues fué usada de un modo general para designar libros de comercio y otros por el estilo. De ahí es que se haya convertido en forma general para expresar las autoridades administrativas y el gobierno; en otro sentido tambien, como en nuestro caso, se usa para designar colecciones de tradiciones escritas del mas diverso género, si bien por lo comun poesías.

(2) Este nombre se explica de muy distintas maneras. La version mas general entre los sabios árabes es que son cantos premiados, reconocidos como los mejores entre los presentados por los poetas mas importantes á los jefes de las tribus que se reunian en las ferias junto á la Meca, especialmente en Okaz; se escribían con letras de oro y se colgaban en la Ka'aba, y de ahí que se les designe como *los colgados*. Esta última es, en realidad, la significacion de la palabra *mo'allakat*; pero aquella explicacion es contradictoria en mas de un punto con lo que sabemos de las costumbres de los árabes preislamitas, y ha sido, como tantas otras, inventada posteriormente para la convencional explicacion de la palabra. Ahora parece seguro que las poesías debieron de ser designadas con la metáfora, despues muy en uso, de las perlas, — que se ensartan en un hilo; — así, *las colgadas* equivaldría á perlas poéticas engastadas en una diadema.

(3) La fecha convencional es la de 20 de abril de 571, pero ha sido calculada posteriormente por los cronólogos árabes, así como los sincronismos (por ejemplo, el año 42 de Cosroes Anoscharwan, el noveno del rey de Hira Amr Ibn Hind y otros varios), que son citados repetidamente por los historiadores posteriores. Parece basado en tradicion mas antigua el dato de que el nacimiento del profeta ocurrió en el año del «hombre de los elefantes,» pero tampoco sabemos cuál es este. Se obtiene aproximadamente el año 570 cuando se deducen del año de la Egira (622) los 53 años que parece que vivió en la Meca; aquel dato, aun cuando 40 en Oriente no represente por lo general mas que un número redondo en las decenas, como el 7 en las unidades, concuerda bastante bien con todos los hechos conocidos de su vida de familia y de su vida pública.

ramente que nadie, fuera de los parientes mas cercanos, se curaba de que Amina, hija de Wahb, de la familia Sohra, hubiese dado á luz un varon, pues la mujer vivía en situacion precaria. No hacia mucho tiempo que se habia casado con Abdallah, hijo de Abd-el-Muttalib, de la familia Háschim, pequeño mercader que poco despues de su casamiento marchó con una caravana á Gaza, en Siria, obligado por sus negocios, y que habiendo caído enfermo á su regreso, debió permanecer en Yathrib, donde murió antes del nacimiento de su hijo. El escaso caudal que dejó parece que consistía en cinco camellos, un rebaño de cabras y una esclava llamada Omm Eiman; apenas bastaba para satisfacer las necesidades mas apremiantes de la viuda. Así, es poco creible que enviara á su hijo á casa de una beduina para que se robusteciera con el aire mas sano del campo, como posteriormente fué costumbre hacerlo entre las familias mas ricas de la ciudad; la tradicion, sin embargo, lo refiere unánimemente, como tambien que Mahoma en años posteriores, vencedor de la tribu á que pertenecía su ama, por amor á esta se mostró sumamente benigno con aquella tribu. Aquí se ve tambien claramente el esfuerzo hecho para presentar al pequeño Mahoma como descendiente de una familia importante. Como se comprende no faltan tampoco, al propio tiempo, toda clase de leyendas é historias maravillosas, encaminadas á comunicar brillo sobrenatural al nacimiento y á la juventud del futuro profeta. No haré mencion mas que de una de ellas, como ejemplo del sistema atrozmente absurdo que emplea la tradicion para formar los mitos. «El Profeta, dice así, estaba jugando con otros niños cuando apareció el ángel Gabriel, le cogió, abrióle el cuerpo, sacóle un coágulo de sangre y lo tiró diciendo: ¡Esta es la parte del demonio! Despues le lavó interiormente con agua de la fuente Semsem, que habia en un vaso de oro, y le cosió otra vez el cuerpo. Los niños echaron á correr en direccion á la mujer que le cuidaba, gritando: ¡Han matado á Mahoma! Ella corrió á su encuentro y le halló pálido.» El narrador añade: «Hemos visto la sutura en su cuerpo.» Se comprende que esta historia ha sido puesta en boca del designado como narrador y testigo presencial; su origen, sin embargo, puede en este caso demostrarse claramente. Mahoma en el Corán dice que Dios le consoló (cap. 94, 1), con estas palabras: «¿No te hemos abierto el pecho?» Esto equivale á: «¿No te he librado yo de apuros y dolores?» porque tambien al árabe se le oprimía el pecho de pena y angustia. Posteriormente comenzó á tomarse la frase en su sentido literal, procurando atribuir su origen á la aparente ilacion del contexto, y así nació la idea de que pudo tener efecto la apertura del pecho para arrancar de él el pecado original, por especial disposicion de Dios. Y para que la purificacion, que ya era de esperar que la habia de hacer Gabriel, ángel tutelar de Mahoma, fuese completa, era indispensable un lavatorio, que á todas luces no podia verificarse mas que con el agua de la fuente sagrada Semsem; y si para hacerlo se empleó un vaso de oro, y no de diamante, debióse, indudablemente, á un rasgo de modestia.

Mas fundamento que esta historia parece tener el relato de un viaje que hizo Amina á Yathrib con su hijo, que tenia entonces seis años. Segun las genealogías usuales, la madre de su difunto marido procedía de dicha poblacion; además, es posible que Amina tuviera deseos de visitar el sepulcro de su marido antes de que llegase su propio fin, que tal vez sentiría acercarse siendo mujer de suyo delicada. Allí permaneció un mes con el niño, el cual, 47 años despues, cuando fijó su residencia en Yathrib, reconoció los sitios de sus juegos juveniles. Como su esposo, tampoco Amina debia regresar de su viaje á su patria. Llegó enferma á Abwá, lugar



situado entre Yathrib y la Meca (1), y allí murió. Cuando después Mahoma (año 628) emprendió su peregrinación a la Ka'aba, el camino que llevaba le condujo al sepulcro de su madre y le regó con sus lágrimas. A la muerte de su madre fué conducido el huérfano por la esclava Omm Eiman a su país y a casa de su abuelo Abd-el-Muttalib. Aunque este ya había alcanzado la edad de 80 años, la suerte de su nietecito le inspiró gran interés; le acogió en su casa y le tenía constantemente a su lado, prodigándole todo género de caricias. A menudo, dice el biógrafo del profeta, se extendía para Abd-el-Muttalib un tapiz a la sombra de la Ka'aba; mientras llegaba el anciano sus hijos se sentaban alrededor sin que ninguno se atreviese a sentarse encima. Pero Mahoma, que entonces ya era un muchacho, lo hacía, y sus tios lo cogían para quitarlo de allí. Cuando Abd-el-Muttalib veía esto, decía: «Dejadle, muchachos, que él tiene derecho a ello.» (2) lo sentaba a su lado sobre el tapiz, le daba golpecitos en la espalda y celebraba todo lo que le veía hacer. No debía, sin embargo, gozar mucho tiempo el pequeño Mahoma de la ternura de su abuelo; dos años después murió Abd-el-Muttalib, dejando encargado su nieto a los cuidados de uno de sus hijos, Abd-Menaf, ó Abu-Talib, como se le llamaba con preferencia a su verdadero nombre (3), el cual había profesado particular cariño al padre del profeta. Abu-Talib era hombre de nobles sentimientos, que cumplió sus deberes para con el huérfano con rara abnegación; pero era pobre y tenía una numerosa familia, dos mujeres y diez hijos, según la tradición admitida, y así el muchacho debía contribuir a ganar su subsistencia guardando las ovejas (4) de las personas ricas de la Meca y recogiendo fuera de la ciudad toda clase de fruta. Parece que posteriormente acompañó a su tío a una expedición guerrera contra los habitantes de la vecina ciudad de Taif, y luego en uno ó varios de los viajes que este acostumbraba a emprender como comerciante a la Siria. Con este motivo la tradición le hace encontrarse con un monje cristiano que le reconoce como el futuro profeta entre el grupo de sus acompañantes, advirtiéndole a estos que le guardaran de los judíos, los cuales le acechaban toda su vida. Todo esto, naturalmente, preparado con cierto aparato maravilloso. Casi no es posible dudar de que tanto este último como los demás viajes con Abu-Talib, en general, deben su existencia a posteriores combinaciones é invenciones; hasta el nombre del fraile, Bajira, excita sospechas; la palabra, ciertamente siria, significa «el probado, el leal, el digno de crédito.»

El único hecho cierto de la vida de Mahoma lo encontramos cuando ya tenía veinticuatro años de edad. Por aquella época le vemos al servicio de la viuda de un rico mercader llamado Jadischa, pues que carecía de medios de fortuna

(1) Los historiadores posteriores no están de acuerdo sobre si era una aldea ó un monte y los datos también discrepan respecto á su exacta situación.

(2) Literalmente: «él tiene una cosa.» Esto equivale aquí á «un gran porvenir, que le da una prerogativa sobre vosotros.» Naturalmente que esto es un adorno teológico de la atractiva historia, así como también la mención que anteriormente se hace de la Ka'aba.

(3) Acerca de estos nombres, véase lo dicho anteriormente. Abd-Menaf significa «el mozo de Menaf;» pero Menaf es uno de los ídolos paganos, cuyos nombres se huía más tarde pronunciar.

(4) Con excepción de los esclavos, no hacían esto más que las personas sumamente pobres. Ha llegado, sin embargo, este dato hasta nosotros sin adorno alguno porque el mismo Mahoma después comparó el hecho de guardar ovejas con su profesión de profeta, sin duda equiparándose al joven David. De ello, sin embargo, resulta evidente cuán precarias eran las circunstancias no solo del huérfano sino también de sus parientes. Esto lo atestiguan también el Corán, en el que (cap. 93, 6, 8) la palabra de Dios dice á Mahoma: «¿No te halló huérfano y te concedió albergue?... ¿y no te encontró pobre y te hizo rico?»

para fundar un negocio propio. En la Arabia preislámica la posición de las mujeres no estaba con mucho tan restringida como lo estuvo después y aun hoy día lo está en el Oriente mahometano. Así como bajo el punto de vista externo no se conocía todavía en las mujeres el uso constante del velo, se reconocía también generalmente en lo esencial su independencia moral. La patria potestad apenas pesaba más sobre la hija que sobre el hijo; la mujer tenía en ciertas circunstancias el mismo derecho que el marido á «volver la tienda,» esto es, á negarle la entrada en la morada nupcial, como él lo tenía para separarse de ella. Especialmente las viudas que poseían hacienda que les permitiera vivir sin ser gravosas á sus parientes, y sin verse obligadas á contraer nuevas nupcias, gozaban de bastante libertad: la libre árabe de aquellos tiempos sabía guardar mejor su honor, por sí misma, que la de hoy con los eunucos, á quienes está encomendado este oficio. Así, aunque vivía todavía Joweilid, padre de Jadischa, continuaba esta en su propia casa los negocios de los dos esposos que ya había tenido y perdido; solo los necesarios viajes al exterior los mandaba hacer á un empleado especial, el cual, según los casos, se unía con sus camellos á las caravanas de la Meca, á las que iban á la Arabia meridional ó á las que se dirigían á la Siria. Parece, sin embargo, que Mahoma no ocupó desde luego este puesto de confianza, sino que empezó por el más modesto de conductor de camellos. De todos modos, estando al servicio de la viuda, hizo viajes al Sur, y muy probablemente también á Bostra, que era importante como fortaleza principal bizantina en la comarca oriental del Jordán, y como gran mercado de granos y término frecuente de las expediciones comerciales arábigas. La situación de Mahoma debió, no obstante, sufrir muy pronto un cambio inesperado. Aunque Jadischa tenía ya treinta y nueve años de edad y tres hijos de sus dos maridos difuntos, de cuyos tres hijos no sabemos nada, todavía estaba dispuesta para un nuevo casamiento. Según la tradición, parece que no le faltaron pretendientes, lo que es muy probable dada su posición y que, á pesar de sus años, no era, según se dice, mal parecida. Pero ella había concebido una secreta inclinación hacia Mahomá, que tenía entonces veinticuatro años y que debía llamar la atención, indudablemente, por sus particulares dotes, ya que, como se expresa un ingenioso escritor, «era un joven interesante.» Sabido es que nada tienen de extraño las inclinaciones de mujeres de edad madura hacia hombres relativamente más jóvenes y la correspondencia de estos; así, no se debe pretender, sin otras razones, que Mahoma aceptase tan solo por egoísmo la proposición de casamiento que Jadischa le hizo finalmente, valiéndose de un mediador, si bien tal cosa no hubiera parecido tampoco inconveniente á un árabe de aquellos tiempos. Sea de esto lo que fuere, los hechos posteriores demuestran que en este singular casamiento ambas partes procedieron con cierta gravedad moral, no muy común aun entre nosotros los modernos cristianos. Esta unión comenzó ciertamente á tropezar con obstáculos por parte de los parientes más cercanos de Jadischa, y en particular por parte de su padre, cuyo consentimiento exigía la costumbre, y fué necesario emborachar al anciano para obtenerlo. Luego que recobró sus sentidos se manifestó, como se comprende, muy airado por el engaño de que había sido víctima; los demás miembros de su familia, los Benu-Asad, se mostraron, si es posible, todavía más indignados de que Jadischa los hubiese puesto en ridículo con su casamiento con un joven sin fortuna ni consideración de ninguna especie. Entre ellos y los parientes de Mahoma, que, como es natural, se sintieron obligados á ponerse de parte de este, faltó poco para que llegaran á lucha abierta, la cual, sin embargo, temió encen-

der Joweilid, y así se llegó finalmente á una reconciliación general.

Siguió después para Mahoma una época feliz. A pesar de la edad de Jadischa, el matrimonio dió por fruto seis hijos, dos varones, á los que él llamó El-Kásim y — probablemente en honor de su tío — Abd Menaf, y cuatro hembras, Seinab, Rokaya, Omm Kolthum y Fátima. Después de haber tenido el primer hijo tomó Mahoma el sobrenombre Abu'l Kásim (el padre de Kásim), mas tanto á este como al otro varón tuvo el dolor de perderlos en temprana edad. A las hijas las vio crecer, y la mayor estaba ya casada cuando se presentó públicamente ejerciendo de profeta. Ciertamente debió de serle muy doloroso quedar sin sucesión masculina después de la muerte de sus dos hijos, pues solo aquella daba dignidad al padre de familia y le aseguraba consideración, mientras que las hembras, que nada reportaban ni podían proteger al padre anciano, eran tenidas en poco. Esto se comprende en un país de tan escasos medios de existencia; pero se exageraba este sentimiento de tal suerte entre los árabes, que era muy general la bárbara costumbre de deshacerse de hijas recién nacidas, cuya alimentación amenazaba hacerse molesta, por el sencillo procedimiento de enterrarlas vivas. Por eso Mahoma tuvo que oír después, con mucha frecuencia, de los enemigos de su doctrina, que su casa estaba sin herederos; mas esto no le impidió jamás el cumplimiento de sus deberes para con su mujer y sus hijas. Mientras vivió Jadischa, no tomó ninguna esposa junto á la que se hacía vieja; y no dejó de hacerlo porque dependiera de la hacienda de su mujer, pues sabemos que hasta en los últimos años de su vida, la recordaba con el amor mas grande y con veneración, y que la mujer favorita de su ancianidad, Aischa, decía que no se había sentido tan celosa de ninguna de sus co-esposas como de la que había muerto tanto tiempo hacía. Jadischa correspondió á la fidelidad y consideraciones de su esposo con tierna solicitud, que, después cuando él se sintió con la vocación profética, le salvó de la ruina en mas de un concepto.

A la felicidad de la vida de familia, se agregaban circunstancias exteriores desahogadas, que debían ser doblemente agradables á Mahoma, después de una juventud de privaciones. Podemos suponer que continuaría dirigiendo los negocios de su esposa, y así se pasaron años sin que aparentemente tuvieran para él nada de extraordinario. Pero en su fuero interno ocurría mucho más de lo que podían sospechar los que le rodeaban.

Aun sin testimonios especiales de ello, podríamos suponer como cosa natural que Mahoma, antes de presentarse como profeta de una nueva doctrina, debió de participar de los conceptos religiosos de sus compatriotas; y á mayor abundamiento nos suministra una prueba inequívoca de esta afirmación, el nombre de su hijo Abd Menaf que se ha conservado merced á un dichoso descuido de la tradición (1). A esto debemos ciertamente observar que los «conceptos religiosos» apenas merecen tan pretencioso nombre. Muy poco sabemos de la religión preislámica de los árabes, y ese poco indica que sus ideas acerca de las cosas divinas, ya antes muy escasamente desarrolladas, estaban entonces casi oscurcidas. Consistían en una mezcla de totemismo (2), fetichismo é idolatría, entre los cuales — á lo menos en la

(1) La mayor parte de los narradores lo sustituyen con los de Abdallah («siervo de Allah»), Et-Táyib («el bueno») y Et-Táhir («el puro»); estos son naturalmente eufemismos manifiestos del verdadero nombre, que, sin embargo, menciona un solo escritor, y sobre cuya significación ya hemos hablado.

(2) Véase Stade, *Historia del pueblo de Israel*.

Arabia del Sur y en el Hedyaz—descollaban confusas reminiscencias de conceptos y nombres de deidades babilónicas antiguas, y, acaso, israelitas antiguas también. Aun tenía cada tribu su ídolo particular, y al propio tiempo también algún fetiche ó lugar sagrado (árbol, fuente ú otro por el estilo) que poco á poco se habían convertido asimismo en objeto de adoración. En muchas partes, y, sobre todo, en la misma Meca, se había manifestado un extraordinario sincretismo: por diversos motivos se agregaban á los ídolos propios los de tribus vecinas y aun los de extrañas. Al mismo tiempo el vínculo religioso que primitivamente ligaba á los adoradores á sus varias deidades, había desaparecido casi por completo; simplemente por pura adhesión á las costumbres heredadas de los antepasados, se continuaba venerando á los antiguos objetos, pero de la esencia religiosa del culto no existía casi la menor idea. Así, no debe extrañarnos que la significación de usos practicados aquí y allí, y, sobre todo, de la gran fiesta primaveral de la Meca, hubiese caído por completo en olvido en la época de Mahoma. Solo conocemos aquellos en la forma diversamente modificada que les dió el Profeta hacia el final de su vida. Pero es seguro que semejantes modificaciones del ceremonial religioso no pudieron llegar hasta lo fundamental. Y ya que las explicaciones de los teólogos mahometanos respecto de este ceremonial son completamente insostenibles, y los usos son incomprensibles de suyo, á lo menos en algunos detalles, es evidente que apenas tenían significación alguna para los árabes paganos de aquella época relativamente moderna. El interés de los habitantes de la Meca en su conservación se explica perfectamente por la conveniencia mercantil de que hicimos mención anteriormente. Donde faltaba ésta, como entre los beduinos, se veneraban todavía los ídolos de las tribus, únicamente por el apego á los antiguos usos, explicable en un pueblo tan orgulloso de su origen, y no por convicciones religiosas. Es verdad que la historia del Islam indica que hasta en algunas tribus beduinas debieron de existir aspiraciones religiosas que no llegaron á desarrollarse; pero á la masa de esta raza sobria, escéptica y calculadora debemos negárselas en lo principal: aun hoy día el árabe del desierto, exceptuando unas pocas comarcas de la tierra interior, solo es mahometano en la apariencia.

Otra cosa sucedía en algunos territorios fronterizos y en una parte de la Arabia meridional. En la antigua población sabeica de esta tierra, á juzgar por la abundancia y género de las inscripciones encontradas en sus templos y palacios, debió de existir con mucha viveza un fuerte interés religioso, que, en verdad, encontró su expresión en moldes demasiado estrechos y que también parece que se perdió muy rápidamente en las tribus que emigraron hacia el Norte. No podemos aun formar concepto exacto de esto, pero tampoco podemos dejar de tomar en cuenta esta innegable particularidad de los antiguos habitantes, ya que en el siglo anterior á Mahoma hallamos fuertes corrientes religiosas, si no precisamente en este mismo territorio, á lo menos en otros vecinos. Aunque las ventajas que por aquella época consiguió el judaísmo en el Yemen y Ssan'á parecen debidas principalmente á la resistencia de los cristianos etíopes contra el dominio extranjero, no pueden explicarse solamente así. A la vez encontramos en otra parte de ese mismo país, en Nedschran, por la misma época, una población cristiana aferrada con la mayor tenacidad á su fe, y que no quiere abandonarla ni aun después de Mahoma, de tal suerte que, por último, el califa Omar la obliga á emigrar. Del mismo modo que los cristianos, se condujeron en el Hedyaz septentrional los judíos establecidos allí desde mucho tiempo, y que desparramados entre los árabes ismaelitas se mezclaron indudablemente con



ellos, logrando en gran parte con su tenaz adhesión a su fe convertir a los demás a la idea de una religión revelada. Al lado de estos se encontraron también en aquellos parajes septentrionales y hasta el Eufrates, muchos cristianos, si bien más diseminados y por lo general dependientes de ciertas sectas poco definidas, cuyo sentido era especialmente gnóstico, habiéndose pretendido modernamente y no sin probabilidad que era ebionita. En aquellas tierras, donde desde antiguo se encontraban y ejercían unos sobre otros mutua influencia y se cruzaban los individuos de nacionalidad y confesiones diversas, debieron también de existir entonces en estado latente todo género de gérmenes religiosos, aunque hasta ahora no han dado resultado las tentativas hechas para determinarlos con la fijeza apetecible.

Así, pues, los que como mercaderes de la Meca tenían ocasión de hacer viajes, tanto en dirección al Sur, hasta las fronteras del Yemen, apenas distantes unas cincuenta millas, cuanto a las ciudades de Siria, situadas a triplicada distancia, no podían menos de enterarse, así de los usos y costumbres como de muchas instituciones y conceptos religiosos de los extranjeros. Por lo general no hacían gran impresión en el frío ánimo del mercader semejantes observaciones. Aun hoy día el oriental es poco amigo de viajar, y está dispuesto a escudriñar ante todo el lado malo de los países extranjeros. Así el hombre de la Meca, por lo regular, se contentaba con menear la cabeza al contemplar los seres extraños que creían complacer a sus ídolos ya rapándose el cabello, orgullo del hombre libre, no en una pequeña parte y como simple símbolo, según lo hacía el juicioso vecino de la Meca en la fiesta de la peregrinación, sino todo alrededor de la cabeza, ya escondiéndose a docenas o solos en casas, cuevas o chozas en el bosque, renunciando, de este modo, a toda posibilidad de prudente ganancia para gozar un poco la corta vida. No está evidentemente demostrado que Mahoma, antes o después de su casamiento, realizase en efecto los grandes viajes de que se hace repetida y sospechosa mención. Si verdaderamente visitó aquellos países, lo que vio y oyó de los cristianos debió de excitar la reflexión en un hombre como él que mostró después ser de índole muy diversa de la mayor parte de sus compatriotas. De todos modos este punto debe considerarse aun no esclarecido. Mas serio fundamento tiene, en verdad, el dato de que Mahoma recibió en la misma Meca impresiones que le indujeron a pensar en asuntos religiosos. La decadencia de la antigua religión nacional era un hecho que ya se había evidenciado, a lo menos para algunos hombres entendidos, y así el Profeta no fué el primero que buscó algo mejor para reemplazarla. En la Meca se detenían no solo judíos para fines especiales, sino también de vez en cuando discípulos de los sectarios y anacoretas cristianos diseminados por la Arabia del Norte; además esclavos cristianos procedentes de Etiopía eran traídos y llevados por toda la Arabia. Podría haber sucedido que estos en su mayor parte solo poseyeran un conocimiento muy superficial de su propia religión y que también hubiesen olvidado mucho de ella durante su larga permanencia entre los paganos; pero el contraste fundamental entre el monoteísmo y el politeísmo debió de quedarles grabado en todas circunstancias; y aun cuando hubiese sido casi imposible a un cristiano conocedor de su catecismo, reproducir en árabe — lengua que también en este sentido no se mostró muy propicia a Mahoma — las palabras griegas, sirias o etíopes que expresaban los conceptos principales del dogma, esta dificultad dejaba de serlo cuando solo se trataba de formular la diferencia entre un dios y varios dioses. Por lo tanto el que había adquirido el convencimiento de que los ídolos, sordos y mudos, carecían de significación, podía hasta en la misma Meca

asimilarse fácilmente de uno u otro modo la idea del monoteísmo. Así es muy creíble que en torno de Mahoma se encontrasen personas que no se curaban ya para nada de los dioses paganos. Se citan varias de estas personas, pero lo más seguro es lo que se refiere a Seid, hijo de Amr, de la casa Abd-el-Asá, y a Wáraka Ibn Nanfal, primo de Jadischa. Ambos se separaron del paganismo; pero mientras Seid no quedó satisfecho con lo que pudo averiguar de judíos y cristianos, y se limitó a un deísmo abstracto, Wáraka se convirtió efectivamente a un cristianismo de colorido ebionita (1). Tal vez el tráfico con estos cristianos suscitó por primera vez o afirmó la duda que también Mahoma abrigaba acerca de la verdad de los antiguos conceptos paganos. Sin embargo, esto no disminuye el mérito del Profeta por haber abierto el camino a una religión mejor; pues al paso que sus parientes citados se contentaron con arrojar de sí mismos la creencia antigua sin traspasar este límite, en el alma de Mahoma aquellas ideas encendieron un fuego que durante algún tiempo amenazó consumirlo a él mismo, hasta tanto que, a pesar de ser por naturaleza sobrio y tímido, halló el valor necesario para dar testimonio de la verdad ante todo el pueblo, y empezó la lucha desesperada contra la indolencia y las preocupaciones.

Nada sucedió hasta los cuarenta años de su edad que pareciera interrumpir su tranquilidad. Había casado a su hija mayor y prometido a la segunda, la hermosa Rokaya, a uno de sus primos. Sus condiciones de fortuna continuaron siendo favorables, asegurándole una posición bastante considerada entre sus conciudadanos, si bien debe indudablemente tenerse como infundada leyenda la pretensión de la tradición de que cinco años antes de su vocación profética desempeñara un papel importante en la restauración de la Ka'aba, deteriorada por las aguas de la montaña. Además, pudo proporcionar a su espíritu la satisfacción de aminorar los cuidados de su tío Abu Tálib, protector de su juventud, adoptando a su hijo Alí; concedió asimismo sin vacilaciones la libertad a Seid Ibn Hásitha, esclavo de origen cristiano que poseía desde mucho tiempo, y al cual había tenido ocasión de apreciar particularmente, adoptándole por hijo. A pesar de todo, su proceder mostraba más y más que no era feliz; su espíritu de suyo melancólico llegó hasta la exaltación; a menudo se retiraba al laberinto de rocas que rodeaba la ciudad de la Meca, y durante días no volvía a presentarse. De su predicación posterior conservada por el Corán, podemos deducir los pensamientos que oprimían entonces su espíritu y su corazón. Sabía que la idolatría de sus compatriotas era error y pecado para con el único y verdadero Dios; mas ¿cuál era la misión que esto le imponía? El juicio final que había oído relatar a sus amigos cristianos, debía aniquilar a aquellos hombres sin Dios; pero ¿qué debía él hacer para librarse de semejante suerte? La pregunta aterradora: «Señor, ¿qué debo hacer para ser bienaventurado?» — esta pregunta, tan fácilmente contestada por hombres superficiales y por caracteres de suyo enteros, debió de excitar su espíritu, que se esforzaba por alcanzar la verdad, tanto más profundamente cuanto que los pocos conceptos religiosos que había podido aprender de sus amigos, no tenían

(1) Los árabes llamaban estos deístas *Hanifes*, apodo que en hebreo y sirio significa «sin Dios» ó hereje, y que probablemente fué aplicado con la misma significación por los ortodoxos a los cristianos tachados de gnosticismo ó ebionismo; encontramos igualmente la expresión *Sabíes*, esto es, «bautizados» con la cual se designan ciertas sectas gnósticas que habitaban en el Eufrates inferior, y entre las cuales representaba gran papel todo género de abluciones. Hay gran cúmulo de explicaciones discrepantes de ambos nombres, pero las indicadas parece que son consideradas actualmente como las más exactas.

entre sí íntima relación, y él, según nuestro modo de ver, desposeído de toda instrucción y completamente incapaz de encadenar lógicamente varias ideas abstractas, estaba casi por completo imposibilitado de abrirse paso por sí solo hacia la verdad.

Presa de estas luchas vagaba él un día, — así se nos refiere, — en el mes del Ramadan (1), por la tierra que se extiende al norte de la Meca y que rodea al monte Hirá, a cuyo pie había una cueva, lugar favorito desde mucho tiempo del apasionado cavilador. En medio de sus pensamientos cayó allí, finalmente, sumido en un agitado sueño. «Tuve entonces — dijo — en sueños una sensación, como si alguien se me acercara y me dijera: «¡Lee!» y contesté: «No.» Entonces la visión me oprimió de tal modo que creí desvanecerme, y repetí: «¡Lee!» Otra vez dije que no; de nuevo me oprimió la aparición y oí estas palabras: *Lee, en nombre de tu señor y creador, que crea al hombre de un pequeño coágulo de sangre. — Lee: tu señor es el lleno de gracias, — el que hace saber por medio de la caña de escribir — hace saber al hombre lo que no sabe.* Esto leí yo; y la aparición se alejó de mí entonces, desperté de mi sueño y sentí como si llevara las palabras escritas en el corazón (2).»

La impresión que semejante visión hizo en Mahoma, fué completamente aterradora. Se consideró poseído, y presa de la mayor agitación regresó al lado de Jadischa. Esta le consoló y envió a buscar a Wáraka, con quien su marido había tenido ya todo género de conversaciones sobre cosas elevadas; y cuando Jadischa le refirió lo que ocurría, dijo él: «Si eso es verdad, oh Jadischa, entonces el santo espíritu (3) ha venido sobre él, el que acostumbra a venir sobre Moisés,

(1) También aquí el año es discutible, no se puede determinar; debió ser, sin embargo, hacia 610 ó 612. Respecto a los meses árabes véase más adelante.

(2) Si se comparan entre sí los textos de las varias tradiciones referentes a esta visión, resultará el transcrito como el más primitivo tal vez; ha sido adornado posteriormente de varias maneras y aumentado con otros rasgos, como por ejemplo, que el ángel Gabriel, — cuya figura, en todo caso, solo mucho después se apareció al Profeta, — le presentó un libro envuelto en seda (ó un pedazo de seda con un escrito) y le mandó leerlo. Por este medio se fué oscureciendo gradualmente la verdadera significación del sueño y de las palabras, acerca de las cuales aun hoy día reina mucha duda. A mí me parece, que, teniendo en cuenta la fraseología del Corán, la mención del «punzon de escribir» y la observación final del Profeta, el sentido resultará completamente claro así: *Lee, — esto es, acepta con fe — lo que Dios con su celeste punzon de escribir ha escrito como su verdad, y ahora te quiere escribir también en el corazón.* Se trata en realidad de leer y escribir, porque Mahoma, a quien el sueño debió naturalmente de afectar, vió aunque modificado, lo que despierto era objeto de sus ansiosas meditaciones, y entonces, lo mismo que después, una revelación solo podía representarse en forma de escrito, pues que sabía que judíos y cristianos poseían semejante género de revelaciones. Este concepto se ha perpetuado de tal modo que aun hoy todavía creen los mahometanos que la escritura primitiva del Corán existe en el cielo y está allí cuidadosamente guardada. Así, pues, esta revelación existente en los eternos decretos de Dios, ó, dicho sin alegoría, que está escrita en el cielo, es la que él debe leer, esto es, recibirla en su seno para que pueda luego comunicarla a otros. Las palabras *esto leí yo*, significan, pues, *me hice cargo de ello* (según los casos también así lo repetí). Ya que aquí se trata de estilo alegórico, no tiene importancia alguna la muy debatida cuestión, tanto entre los musulimes como entre los sabios orientales, de conformidad con la tradición posterior más tosca, de si Mahoma supo leer y escribir. Por lo que se refiere a la expresión figurada, se ha recordado con bastante exactitud la idea de *tragar un libro*, que aparece en el profeta Ezequiel, (cap. III, v. 2, y según él en Apoc. X, v. 9) como símbolo de la aceptación de una revelación divina.

(3) En árabe el grande NAMUS; *namus* es *νομος*; pues que el uso de la palabra en este pasaje y con la significación aquí necesaria no se puede explicar más que por la fraseología ebionita (según H. J. Bestmann: *Los comienzos de la cristiandad católica y del Islam*, Nördlingen, página 101), así prueba esta historia que Wáraka pertenecía efectivamente a la secta cristiana indicada anteriormente.

y entonces es él el profeta de nuestro pueblo.» Con esto se tranquilizó Mahoma; mas como pasó mucho tiempo (4) antes de que la aparición se repitiera, renacieron sus dudas con mayor violencia y angustia, poniéndole al borde de la desesperación. De nuevo vagaba errante por la sierra, y mas de una vez estuvo a punto de precipitarse desde lo alto de una roca, para librarse de la congoja que casi le privaba de los sentidos. Entonces le iluminó de repente una claridad celestial; una aparición del otro mundo — sin voz, pero avasalladora — y penetró en su corazón la verdad, durante tanto tiempo anhelada. Al propio tiempo se sintió desmayado, y atacado de febril escalofrío corrió hacia su casa. «¡Arropadme!» gritó a los suyos; así se hizo, y en medio de un violento ataque nervioso creyó oír estas palabras (cap. 74, 1): *Oh tú, el envuelto — levántate, y advierte — A tu Señor, glorificalo — tus vestidos, límpialos — la suciedad, huyela — no seas bondadoso por egoísmo — y tu Señor, persevera en él* (5). — Desde entonces, así lo dice la tradición, se siguieron ordenadamente unas a otras las revelaciones. Explicase esto, porque Mahoma, seguro ya de sí mismo, no esperaba nuevas apariciones sobrenaturales, y las inspiraciones que sentía en su estado de excitación las consideraba desde luego como verdad divina.

No puede dudarse que estos relatos tienen por base la verdad en todo lo esencial. La aparición celeste que le infundió la seguridad de su misión divina, está descrita por él mismo, cuando, habiéndose repetido, los de la Meca tachan de falsa su narración. Véanse sus palabras (cap. 53, 4): (EL CORAN) *no es mas que una revelación celeste. — Se lo hizo saber (a vuestro compatriota) el fuerte entre los fuertes, — el poderoso: entonces subió — como estaba en el cielo mas alto — luego se acercó y bajó — hasta que estuvo alejado dos tiros de arco ó mas cerca. — Y él manifestó a su siervo la revelación — no ha mentado el corazón lo que él ha visto. — ¿Queréis tal vez disputar lo que él ha visto? — Lo ha visto ya bajar otra vez — junto al árbol Ssidra del límite (6) — allí mismo está el jardín de la morada — como al árbol cubria cubierta — no volvió el ojo ni lo apartó — en verdad, ¡ha visto la mayor de las maravillas de su señor! — Si Mahoma hubiera sido el embaucador que pretendían al principio sus paisanos y aun pretenden hoy varios escritores, no habría dejado de hacer una descripción minuciosa de un ángel con el mayor número de alas posible, etc., etc. Pero cuando se ve claramente que se esfuerza en vano por reproducir con palabras la impresión de la aparición celeste, no se puede dudar de que la haya tenido en realidad, lo cual es un precedente favorable para todo lo demás que en extracto hemos dicho ya de estos relatos y que no carece de cierto enlace íntimo. Con esto se nos facilita la contestación a la debatida pregunta de si Mahoma era ó no era en realidad un profeta.*

A esta pregunta solo se puede contestar, por cierto, científicamente en el sentido indicado por un notable biógrafo

(4) Según los datos más usuales dos años, mas parece que esto fué calculado artificioosamente después, y que el intervalo en realidad no debió durar más allá de dos semanas.

(5) Esta traducción procura imitar la forma desligada del original. — La limpieza de los vestidos y el huir de la suciedad, alude naturalmente a la idolatría. — «No seas bondadoso por egoísmo,» esto es, no des con la intención de ser recompensado, mandamiento cuya observancia se ha olvidado en el moderno Oriente.

(6) Esto es, junto al árbol que está al límite extremo de la supuesta morada. «El jardín de la morada» se explica del modo más plausible como una plantación que se encontraría junto a la quinta de algún vecino acomodado de la Meca; los musulimes interpretan esto como el paraíso y localizan toda la escena en el cielo. — Por Ssidra se entiende generalmente el azufaifo (*Zizyphus spina Christi L.*), pero también corresponde al loto ó almez (*Rhamnus Lotus L.*).